

Precarización vinculada al riesgo ambiental: revisión del caso La Loma en Cartagena de Indias (Colombia)

Joy Helena GONZÁLEZ-GÜETO
joygonzalezgueto@gmail.com
Facultad Latinoamericana
de Ciencias Sociales (Flacso)
(México)

Precarization linked to environmental risk: review of the case La Loma in Cartagena de Indias (Colombia)

ResumenAbstract

- 1. Introducción**
- 2. Marco referencial: marginalidad y precarización en Cartagena**
- 3. Metodología**
- 4. Presentación de resultados: experiencia de la marginalidad en La Loma**
 - 4.1. Aproximación a la percepción del riesgo**
 - 4.2. Entrevistas: relatos como escenarios de memoria y dignificación**
 - 4.3. Precarización: responsabilidades institucionales y consciencia comunitaria**
- 5. Discusión y conclusiones: cuidado mutuo como estrategia de resistencia a la precarización**
- 6. Bibliografía**

Precarización vinculada al riesgo ambiental: revisión del caso La Loma en Cartagena de Indias (Colombia)

Joy Helena GONZÁLEZ-GÜETO
joygonzalezgueto@gmail.com
Facultad Latinoamericana
de Ciencias Sociales (Flacso)
(México)

Precarization linked to environmental risk: review of the case La Loma in Cartagena de Indias (Colombia)

Citar como/Cite as:

González-Güeto, J. H. (2019). Precarización vinculada al riesgo ambiental: revisión del caso La Loma en Cartagena de Indias (Colombia). *Iberoamerican Journal of Development Studies*, vol. 8(1):270-295. DOI: 10.26754/ojs_ried/ijds.333

Resumen

Con este artículo, se pretende profundizar en el debate alrededor de la precarización y la experiencia de marginalidad de grupos sociales empobrecidos del Caribe colombiano, asociando esas dos categorías de análisis al riesgo por desastres ambientales. Aquí se presenta una experiencia concreta de marginalidad vinculada al riesgo ambiental, el caso La Loma en Cartagena, situada en el cerro más alto de la ciudad (La Popa) y señalada por las autoridades como «zona de alto riesgo». La revisión del caso se realizó a través de la aplicación de una encuesta preliminar, cinco entrevistas semiestructuradas para recoger los relatos de los pobladores y un examen detallado de la correspondencia oficial entre las instituciones gubernamentales y los líderes comunitarios. Los resultados obtenidos permiten afirmar que el «riesgo ambiental» es, para las autoridades, *a*) el marco discursivo que justifica intervenciones hacia el desalojo, pero también *b*) el punto de convergencia de identidades comunitarias vinculadas al territorio.

Palabras clave: marginalidad, precarización, riesgo ambiental, identidades comunitarias.

Abstract

This article aims to deepen the debate around the precarization and marginalization experience of impoverished social groups in the Colombian Caribbean, associating these two categories of analysis to the risk of environmental disasters. Here we present a concrete experience of marginality linked to environmental risk, the case of La Loma in Cartagena, located on the highest hill of the city (La Popa) and designated by the authorities as «high risk area». The case was reviewed through the application of a preliminary survey, five semi-structured interviews to collect the stories of the villagers and a detailed examination of the official correspondence between Government institutions and community leaders. The results obtained allow us to affirm that the «environmental risk» is, for the authorities, *a*) the discursive framework that justifies interventions towards the eviction, but also *b*) the point of convergence of community identities linked to the territory. To situate the above, a specific experience of marginality linked to environmental risk, La Loma's case, identified by the authorities of Cartagena as «high-risk landslide zone», located in the highest hill of the city, La Popa, will be reviewed.

Keywords: marginality, precarization, environmental risk, community identities.

1 Introducción

En diciembre de 2002 la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamó el 21 de mayo como el Día Mundial de la Diversidad Cultural para el Diálogo y el Desarrollo. Esta proclamación no es gratuita, sino que pretende, desde lo simbólico, movilizar a los diferentes actores sociales internacionales (académicos, gobernantes, sociedad civil, etc.) hacia el respeto y la promoción de la diversidad cultural. Es importante resaltar una declaración como esta para señalar que el papel de las identidades culturales en las acciones sobre el desarrollo en las últimas décadas ha sufrido un notable cambio en comparación con el escenario de la segunda posguerra.

En el período comprendido entre las décadas de los cincuenta y los setenta, surgieron diferentes teorías sobre estrategias de desarrollo para países de Asia, África y América Latina, entre las que se encontraban dos posiciones sobresalientes —y para las que una conmemoración de un Día Mundial de la Diversidad Cultural para el Diálogo y el Desarrollo podría resultar impensable.

Algunos autores aseguraban que la mayoría de los usos y las costumbres tradicionales de los países en desarrollo, lejos de contribuir al progreso, se constituían en un estorbo para los procesos de modernización, razón por la cual debían ser eliminados (Myrdal 1957, Smith 1958, Rostow 1960). Sin embargo, según Streeten (2006), existieron corrientes discursivas en las que se afirmaba que algunos de esos usos y costumbres podrían ser utilizados en beneficio del desarrollo, por lo que no debían erradicarse del todo. La primera postura podría llamarse «acultural» (cultura como obstáculo para el desarrollo) y la segunda, «instrumentalista» (algunos aspectos culturales como instrumentos útiles para el desarrollo), pero, más allá de las denominaciones, ambas tienen en común el posicionamiento de la cultura en un plano secundario en los debates sobre desarrollo.

Para las Naciones Unidas, en 1951 el progreso de las ciudades no podía ser conseguido sin sacrificios, y «grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso deberán ver frustradas sus expectativas de una vida cómoda. Muy pocas comunidades están dispuestas a pagar el precio del progreso económico» (United Nations 1951, I). Por supuesto que esta concepción de progreso y desarrollo que legitima la violencia simbólica (y menos explícitamente la física), en teoría, ha venido cambiando al incluir la dimensión humana y el derecho a las libertades de elección y pensamiento de las personas y las comunidades.

Las teorías desarrollistas evolucionaron a partir de la emergencia del debate en torno a las formas de comprender las desigualdades sociales en los países de América Latina y es, precisamente en los sesenta, después de la Segunda Guerra Mundial cuando, en

las grandes ciudades latinoamericanas, empiezan a proliferar significativos núcleos de población viviendo en condiciones precarias, núcleos que ya venían constituyéndose desde los cincuenta (Pulido 2004). En este escenario, se empieza a utilizar en las ciencias sociales el término de «marginalidad» como herramienta de análisis y problematización de las consecuencias de los procesos desarrollistas, por lo cual podría pensarse que, en estos años, se da el germen de la teoría de la marginalidad (Bennholdt-Thomsen 1981).

Las aproximaciones a esa categoría pueden realizarse a la luz de sus dos perspectivas principales, cada una de las cuales está relacionada con dos de las grandes teorías sociales latinoamericanas de la época: las teorías de la modernización y la teoría de la dependencia. En primer lugar, las teorías de la modernización asumen la marginalidad desde una vertiente cultural en la que prevalece una visión dualista de la realidad de las ciudades latinoamericanas (Doré 2008). Desde esta perspectiva, se considera que, en las sociedades «subdesarrolladas», existen dos polos opuestos «compartiendo» el espacio urbano: un sector moderno/central/desarrollado y un sector tradicional/periférico/marginal. Es así como la marginalidad, desde este punto de vista, es un estado transitorio hasta alcanzar la inserción de toda la población al sector moderno. Entonces, las diferencias entre los individuos de un sector y otro radicarían en valores sociales básicos que marcan el derrotero entre el camino de la modernización y el desarrollo, en contraposición con quienes vaticinan el camino de la pobreza.

Como respuesta a estas aproximaciones, nace la teoría de la dependencia, donde se asume la categoría de «marginalidad» desde una vertiente económico-estructural (Delfino 2012). Desde este punto de vista, las desigualdades sociales en América Latina responden a su condición de sociedades dependientes y no se resolverán con la implementación de estrategias de desarrollo técnico encaminadas al crecimiento económico, sino con un cambio estructural de sus sistemas económicos, de forma que se rompa con la burguesía nacional y con el imperialismo mundial. Así entendidas las cosas, los marginados eran considerados potenciales agentes de cambio.

Ahora bien, la marginalidad, desde la vertiente económica estructural, es un producto fundamental de los procesos de acumulación capitalista y responde a la incapacidad de las sociedades industrializadas —o en procesos de modernización— de absorber a toda la población excedente (Nun 2010).

Repasar el origen de las categorías de «desarrollo» y «marginalidad» se hace necesario para entender su interdependencia: el desarrollo desigual de las ciudades latinoamericanas genera diversos tipos de marginalidad, entendida esta última como una experiencia de exclusión, inserción parcial o falta de participación de algunos grupos sociales o individuos, en esferas y procesos (vivienda, educación, salud, agua, derechos civiles, seguridad, etc.) que deberían estar garantizados a todos los ciudadanos, de modo



Figura 1
Fotografía de La Popa (Cartagena)
Fuente: Caracol Radio.

que quedan entonces algunos grupos sociales en una situación de vulnerabilidad de derechos.

Partiendo de eso, en este artículo se estudia el escenario urbano del Caribe colombiano a través de la revisión de la experiencia íntima de marginalidad en los grupos sociales que basan sus identidades en la relación con el territorio y que habitan zonas empobrecidas en Cartagena; se pone especial énfasis en el vínculo de esa experiencia con el riesgo ambiental para acelerar procesos de precarización (Tewdwr-Jones y Allmendinger 2006). Se revisará el caso de una zona señalada por las autoridades de Cartagena como «zona de alto riesgo por deslizamientos» (*El Universal*, 17 de agosto de 2016), situada en el cerro más alto de la ciudad: La Popa. Este cerro, habitado en la actualidad por centenares de familias, fue recientemente declarado en calamidad pública después de que un ingeniero estructuralista advirtiera del riesgo de colapso de su cima (*El Herald*o, 20 de marzo de 2017).

La declaración sobre el riesgo ambiental llegó a las familias que habitan La Popa mucho tiempo después de los fenómenos climáticos graves, como las crisis invernales de La Niña en 2010-2011 y los deslizamientos de tierra generados por ella. La Niña¹ fue un fenómeno climático que afectó a más de 3,3 millones de personas, 965 vías, 1 millón de hectáreas de cultivos, 2277 centros educativos, 556 761 estudiantes y 371 centros de salud. Adicionalmente, murieron 448 personas, 73 se encuentran desaparecidas, 1,4 millones de animales han sido desplazados, 12 908 viviendas han sido destruidas y 441 579 reportaron averías. El total de daños estimados en el país alcanzó los 8,66 billones de pesos, equivalentes a 4662 millones de dólares (Conpes 3700 2011). De este modo, La Niña no solamente implicó un cambio en el espacio físico, sino que los sucesos modificaron las costumbres y los modos de percepción y actuación de los sujetos.

1 De acuerdo con el análisis del impacto del fenómeno La Niña de 2010-2011 en la hidroclimatología del país del Ideam —Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales—, La Niña es un fenómeno ENSO1 en su fase fría que, en Colombia, «se caracteriza por un aumento considerable de las precipitaciones (anomalías positivas) y una disminución de las temperaturas (anomalías negativas) en las regiones Andina, Caribe y Pacífica, así como en áreas del piedemonte de los Llanos orientales» (2011, p. 2).

Cabe resaltar que este artículo parte de una premisa ética, a saber, el análisis de los espacios urbanos debe convertirse en una apuesta por la visibilización de, al menos, tres escenarios distintos:²

1. Zonas residenciales autoproducidas de carácter informal: la existencia de zonas residenciales que surgieron bajo una dinámica de autoproducción y que continúan existiendo al margen de la organización urbana formal, con todas las consecuencias que esto acarrea en la calidad de vida de los habitantes.
2. Zonas residenciales autoproducidas formalizadas: la existencia, igualmente problemática, de zonas urbanas formales (barrios y calles dentro de los barrios) que surgieron por un proceso de autoproducción y que, debido a la capacidad de gestión y organización comunitarias, fueron formalizadas legalmente. Sin embargo, dicha legalización no ha garantizado directamente la transformación de las condiciones materiales de vida de sus habitantes, sino que ha reformado sus formas de lucha y resistencia cotidiana para conseguir niveles mínimos de bienestar material colectivo.
3. Viviendas autoproducidas formalizadas en alto riesgo ambiental: la existencia de viviendas autoproducidas en zonas de alto riesgo ambiental suma una variable más al intrincado nudo de condiciones sociales que se entrelazan para dar como resultado una experiencia de marginalidad urbana. El riesgo ambiental en estas zonas residenciales formalizadas agudiza la vulnerabilidad socioeconómica de las comunidades de bajos ingresos y su carácter de viviendas formales complejiza la puesta en marcha de alternativas de solución institucionales, como las reubicaciones forzadas en proyectos de interés social.

Aquí se analiza y se visibiliza este tercer escenario con el foco en la marginalidad y la precarización de La Loma, en Cartagena; todo esto debido a que, en el panorama nacional, esta ciudad se erige como un caso paradigmático de empobrecimiento sistemático de la población urbana.

2 Marco referencial: marginalidad y precarización en Cartagena

El estudio de la conformación de los espacios urbanos en países de América Latina, configurados por una política de desarrollo que acentúa la precarización de unos grupos sociales específicos, impone la consideración de aspectos situados al margen de —aunque también producidos por— los sistemas de planificación institucionales y sus marcos reguladores (Burgos Bolaños 2016). En Colombia, el crecimiento de las ciudades ha venido de la mano de procesos

2 La clasificación de estos tres escenarios se propone en esta investigación luego de revisar las condiciones históricas de crecimiento urbano de la ciudad de Cartagena.

de desplazamiento forzoso debido a la intensificación del conflicto armado entre las guerrillas —las FARC y el ELN—, los paramilitares y el Ejército Nacional, en el período comprendido entre 1958 y 1962 (GMH 2013).

Esta situación redundó en un sinnúmero de expropiaciones, amenazas e intimidaciones que dieron como resultado el desplazamiento de grandes masas de población rural hacia los conglomerados urbanos, de modo que se asentó, en condición de pobreza y en zonas de alto riesgo de desastre ambiental, por situarse a las orillas de las fuentes de agua y al pie de los cerros. Pero, paralelamente, en la década de los cincuenta explotó en el país una dinámica de crecimiento urbano informal. Dicha dinámica implicó e implica la existencia de una «ciudad autoproducida»; esto es, viviendas y zonas residenciales construidas autónomamente en forma individual o comunitaria por sectores de bajos ingresos, al margen de los procesos formales de planificación urbana (Torres Tovar 2009).

Esto responde a lo que Isabell Lorey (2015) denomina «procesos de precarización», en los que la inseguridad socioeconómica de algunos grupos sociales es producida por el abandono o la intervención directa de instituciones formales que, en medio de los proyectos de desarrollo urbano —turístico o industrial—, provocan la profundización de condiciones materiales indignas en sectores específicos de la población. De hecho, en el informe *Ciudad informal colombiana: barrios construidos por la gente* del Grupo de Investigación Procesos Urbanos en Hábitat, Vivienda e Informalidad de la Universidad Nacional de Bogotá (2009), se asegura que los procesos de autoproducción no son ajenos al esquema de desarrollo existente, sino que se hacen parte de él, de tal suerte que el modelo económico sirve de escenario propicio para su generación.

La marginalidad producto de la precarización necesita ser abordada analíticamente alejándose del enfoque geográfico y psicológico de la teoría clásica consolidada en los años sesenta, setenta y ochenta (Bennholdt-Thomsen 1981, Oliven 1980, Germani 1980), que la concibe como el producto de una dificultad de integración de las personas recientemente urbanizadas, desatendiendo la responsabilidad de los sistemas socioeconómicos capitalistas (Cortés 2006, Salvia 2007, Delfino 2012). Contrario a esto, la marginalidad implica una experiencia de despojo de derechos civiles y políticos que se concreta en condiciones materiales de vida precarias debido a la falta de vivienda, educación, salud, agua potable, seguridad, etc. o, en el mejor de los casos, en el acceso parcial a servicios de salud, vivienda y seguridad de mala calidad (Doré 2008). Sin embargo, la marginalidad no es una experiencia homogénea y su configuración dependerá de factores socioeconómicos, culturales y ambientales. Dependiendo de la perspectiva de análisis y del lugar de enunciación histórico e ideológico de quien analiza, uno de esos tres factores sobresaldrá frente a los demás.

Las experiencias de marginalidad y los procesos de precarización se concretan en el escenario cartagenero en los dispositivos de intervención para el desarrollo de la ciudad. En el artículo «Los barrios populares en Cartagena de Indias» de la historiadora Carmen Cabrales (2000), se afirma que el crecimiento de la ciudad de Cartagena responde a los procesos de modernización a los que estuvo sometida en el siglo XX y a la interacción desigual³ de las comunidades pobres con dichos procesos. En los años sesenta y setenta, las situaciones de exclusión que sufrieron los habitantes de barrios como Pekín, Pueblo Nuevo, Boquetillo y Chambacú son un ejemplo —ya clásico en la ciudad— de estas dinámicas, las cuales existieron bajo la premisa estética del desarrollo turístico de la ciudad, originada a mediados de los cincuenta con el plan de regeneración de tugurios del Instituto de Crédito Territorial (Deávila 2008).

Las comunidades excluidas de los escenarios de la Cartagena proyectada hacia el desarrollo económico y turístico generaron espacios y dinámicas alternas de habitación y cohabitación. De esta forma, la expansión se dio al margen de la Administración pública y de sus intereses marcados en la estética ornamental de una ciudad pensada para los visitantes y extranjeros. En los años sesenta, los barrios populares existentes crecieron hacia zonas riesgosas, con estructuras de viviendas autoproducidas en condiciones precarias que dejaban a los moradores expuestos a derrumbes, inundaciones y erosiones.

Es necesario tener en cuenta que, según el informe *Perspectivas del medio ambiente urbano: GEO Cartagena* (PNUMA 2009), atendiendo al plan de ordenamiento territorial POT, el riesgo ambiental que amenaza a algunas de las zonas más susceptibles de la ciudad está dado por los cuerpos de agua y la remoción de masas, tal como lo es la zona estudiada en este trabajo: La Loma. La parte alta de la calle San Fernando del Barrio Lo Amador (La Loma, como es llamada por sus habitantes) está situada en el cerro de La Popa, que se encuentra ubicado en la Unidad Comunera de Gobierno número 2 (UCG#2) de la localidad histórica y del Caribe Norte y es una de las zonas que más impactos recibe de las crisis invernales debido a sus características geográficas. Esta zona fue considerada en 2011, de acuerdo con declaraciones realizadas por la entonces directora de la Oficina de Prevención y Atención y Desastres del Distrito, Luz Estella Bejarano, como una de las zonas de mayor riesgo ambiental en Cartagena (*El Universal*, 27 de septiembre de 2011).

Cartagena se presenta como un espacio urbano disímil y complejo, que refleja la falta de interés de la Administración pública para ordenar el territorio respetando y garantizando los derechos de cada uno de sus ciudadanos. Este mismo espacio se convierte en un registro detallado del fracaso de sus pretendidos esfuerzos de superación de la pobreza.

3 En Cartagena, las comunidades pobres tienen una participación diferencial en los resultados de los procesos de modernización, que ha implicado, en la mayoría de los casos, desalojos forzados, inclusión como trabajadores informales (venta ambulante de productos y servicios) y prohibición del uso de algunas zonas de la ciudad (Cabrales 2000).

3 Metodología

La metodología utilizada para revisar el caso de La Loma fue de corte cualitativo y se llevó a cabo a través de dos fases principales (exploración preliminar y revisión de relatos) y una fase transversal (revisión de correspondencia oficial entre los líderes sociales de la zona y las instituciones estatales). Se escogió La Loma, por un lado, debido a que es una de las zonas más afectadas por los riesgos ambientales que amenazan el cerro de La Popa en Cartagena y, por otro, gracias a las acciones emprendidas por la comunidad en los últimos años para enfrentar la marginalidad urbana.

Para la fase de exploración preliminar, se diseñó una encuesta de percepción aplicada a 30 habitantes de La Loma —representantes de las 11 familias que habitan la zona—. Para efectos de realizar este ejercicio piloto de recolección de información, la población escogida para la encuesta fueron 30 personas habitantes de la calle San Fernando del Barrio Lo Amador —La Loma—. Esta muestra es no probabilística e intencional, lo que quiere decir que la selección de los participantes tuvo el propósito de cumplir criterios específicos basados en supuestos como la relación población-variables de investigación (Pimienta Lastra 2000). Con esto, se buscó remarcar la relación entre los habitantes del lugar y su percepción individual del riesgo. La exploración, además, se hizo posible gracias a que la investigadora es habitante de la zona. Este instrumento, cuyo diseño se observa en la tabla 1, tuvo como fin recolectar información preparatoria que permitiera diseñar las esferas de búsqueda de las entrevistas semiestructuradas para la recolección de relatos sobre la experiencia de precarización asociada al riesgo ambiental. La encuesta planteada se configuró alrededor de cuatro categorías de sondeo, a saber:

- a) *Caracterización sociodemográfica*: se incluyeron indicadores, como el nivel educativo y la ocupación, debido al imaginario generalizado que asocia la pobreza con bajos niveles de educación y con poca capacidad productiva. Además, se establecieron preguntas sobre la tenencia de la vivienda —para determinar la naturaleza de la propiedad sobre el inmueble— y poder cruzar los resultados con los años que lleva la familia viviendo allí.
- b) *Caracterización de la relación con el espacio*: los indicadores giraron en torno a establecer si las familias tenían planes explícitos de mudanza teniendo en cuenta el riesgo ambiental en que se encuentran las viviendas. Se caracterizó también el tiempo de uso del espacio en tanto que se entiende que la cantidad de tiempo de uso (permanencia cotidiana) en el espacio habitado puede vislumbrar cierta comodidad. Esto último se matiza con el ingreso como la variable general que limita el acceso a actividades por fuera del entorno barrial. Finalmente, se establecen los sentimientos (miedo o vergüen-



Figura 2

Mapas de Lo Amador en Cartagena

Fuente: <http://midas.cartagena.gov.co/#>.

za) asociados a la imagen del espacio habitado, tomando este último como un signo que genera interpretantes/significados, es decir, asociaciones sémicas que pueden ser reacciones emocionales (Peirce 1986).

c) *Caracterización de la relación con la temporada de lluvia:* al igual que en la exploración acerca de los sentimientos asociados al espacio, en esta categoría de sondeo, se entendió la lluvia como un signo que genera «sentimientos», entendidos como signos emocionales asociados a la idea de la lluvia en el territorio inestable. Esta información se cruzó con las formas de uso (actividades) del tiempo de lluvia, lo cual me permitió vincular las reacciones emocionales como signos (Castaings Teillery 2017) con las prácticas cotidianas en torno a la lluvia.

d) *Seguridad subjetiva:* finalmente, los indicadores relacionados con la última categoría de sondeo giraron alrededor de la identificación de las formas individuales en que se percibe en riesgo ambiental por deslizamientos de tierra provocados por la lluvia en el espacio habitado: niveles de percepción de gravedad e inminencia.

Categoría 1. Caracterización sociodemográfica					
Variable 1.1. Sexo (N = 30)	Variable 1.2. Edad (N = 30)	Variable 1.3. Nivel de estudios alcanzados (N = 30)	Variable 1.4. Ocupación (N = 30)	Variable 1.5. Tenencia de vivienda (N = 30)	Variable 1.6. Tiempo de residencia (N = 30)
Indicador 1.1.1. Proporción de hombres y mujeres	Indicador 1.2.1. Edad en años cumplidos	Indicador 1.3.1. % ninguno, primaria (completa-incompleta), secundaria (completa-incompleta), universitaria, otros	Indicador 1.4.1. % de obreros, oficinistas, amas de casa, docentes, comerciantes, médicos, estudiantes, albañilería	Indicador 1.5.1. Vivienda propia, vivienda en arriendo, usufructo	Indicador 1.6.1. Tiempo de residencia (menos de 1 año, de 1 a 4 años, de 5 a 9 años, de 10 años y más)
Categoría 2. Caracterización de la relación con el espacio					
Variable 2.1. Planes de mudanza o estadía (N = 30)		Variable 2.2. Sentimientos asociados al espacio (N = 30)		Variable 2.3. Tiempo de uso del espacio (N = 30)	
Indicador 2.1.1. Proporción de personas con planes de mudarse (a corto plazo, este año y, a medio plazo, en dos años)	Indicador 2.1.2. Proporción de personas que están remodelando sus viviendas	Indicador 2.2.1. Proporción de personas con sentimiento de miedo a ser afectados por una catástrofe natural	Indicador 2.2.2. Proporción de personas con sentimiento de vergüenza por la zona que habitan	Indicador 2.3.1. Tiempo dedicado a estar en la vivienda luego del trabajo o estudio (de 1 a 2 horas, de 3 a 4 horas, de 5 a 6 horas, todo el día)	Indicador 2.3.2. Tiempo dedicado a estar fuera de la vivienda los fines de semana (de 1 a 2 horas, de 3 a 4 horas, de 5 a 6 horas, todo el día)
Categoría 3. Caracterización de la relación con la temporada de lluvia					
Variable 3.1. Significados atribuidos a la lluvia (N = 30)			Variable 3.2. Uso del tiempo de lluvia (N = 30)		
Indicador 3.1.1. Proporción de personas que asocian la lluvia con significados positivos (alegría, tranquilidad, paz, seguridad, otro: ¿cuál?)	Indicador 3.1.2. Proporción de personas que asocian la lluvia con significados negativos (miedo, vergüenza, aburrimiento, rabia, intranquilidad, otro: ¿cuál?)	Indicador 3.2.2. Proporción de personas que toman medidas preventivas cuando llueve (sí/no: ¿cuáles? —levantar muebles, desconectar electrodomésticos, no salir de la vivienda, no utilizar dispositivos móviles, otras: ¿cuáles?)	Indicador 3.2.3. Otra actividad realizada en tiempo de lluvia (dormir, conversar, ver televisión, escuchar música, orar, leer)		
Categoría 4. Seguridad subjetiva					
Variable 4.1. Percepción subjetiva de la seguridad ambiental con relación al espacio (N = 30)					
Indicador 4.1.1. Número de personas que se sienten seguras dentro de sus viviendas cuando llueve			Indicador 4.1.3. Número de personas que se sienten expuestas a una catástrofe natural inminente		

Tabla 1

Diseño de encuesta de percepción

Fuente: elaboración propia.

Luego de la aplicación de la encuesta de exploración preliminar, se realizó un registro de los relatos orales en el marco de entrevistas semiestructuradas individuales. El propósito de esta fase de la investigación fue documentar las narrativas individuales durante la crisis invernal de 2010-2011 e identificar las percepciones individuales de riesgo y bienestar en la zona, además del significado simbólico de La Loma como territorio asociado a la identidad comunitaria. Se realizaron cinco (5) entrevistas que dieron como resultado cinco (5) relatos originales en los que se narra el momento mismo de la crisis invernal y que estuvieron guiadas por las siguientes preguntas provocadoras: ¿cómo vivió la crisis invernal de 2010-2011?, ¿cómo era antes la vida en La Loma?, ¿qué estrategias han puesto en práctica para adaptarse al espacio?, ¿cómo percibe La Loma hoy?, ¿qué significa La Loma para usted?

Las preguntas respondieron a dos esferas de búsqueda. La primera —percepción individual del riesgo— fue discriminada en dos categorías de análisis, a saber:

- *Estrategias durante la crisis*, que engloban las acciones individuales, familiares y comunitarias que llevaron a cabo los habitantes de la zona estudiada durante la crisis invernal de La Niña en 2010-2011, para evitar que la lluvia y los deslizamientos de tierra produjeran daños físicos en las casas, los animales, las personas y la calle.
- *Estrategias después de la crisis*, que comprenden las acciones realizadas para reparar el espacio físico (casa, calle y patios de las casas), normalizar las actividades de la vida cotidiana (preparación de alimentos, usos del baño, horarios de sueño, encuentros de juegos entre los niños y niñas en la calle, etc.) y evitar la repetición de los daños ocasionados en posteriores crisis invernales.

La segunda esfera —experiencia individual de marginalidad asociada al riesgo— fue desagregada en dos categorías: *pobreza subjetiva* y *seguridad subjetiva*. De acuerdo con Pinzón (2014), se entiende la pobreza subjetiva como la percepción que tienen las personas, las familias y las comunidades sobre su propio bienestar, reconociendo que existen casos específicos en los que, aun teniendo ingresos bajos según los estándares de medición económica (NBI o PIB), se tienen —de acuerdo con una visión de mundo propia— condiciones materiales de vida que les evitan «sentirse pobres». Así, la pobreza subjetiva implica poseer condiciones de vida material (ingresos y hábitat) inferiores a las que se consideran necesarias por las comunidades para no «sentirse pobres».

En la misma línea de sentido, la *seguridad subjetiva* —como ya se adelantó arriba— implica la forma particular —individual o colectiva— de entender o asumir el riesgo ambiental, sintiéndose seguros o no en la zona que habitan. En este sentido, esta cate-

goría se aleja de la concepción tradicional en la medida en que no contiene referencias a la violencia como factor de daño físico (Otamendi 2016), sino al clima.

Finalmente, se revisó la correspondencia oficial entre los líderes comunitarios y las autoridades gubernamentales y se realizó una presentación cronológica de los hechos y omisiones institucionales alrededor del caso La Loma.

4 Presentación de resultados: experiencia de la marginalidad en La Loma

A continuación, se revisa en forma detallada el caso de La Loma, tomando como punto de partida la aplicación de los dos instrumentos detallados arriba y la revisión de los documentos proporcionados por la Junta de Acción Comunal del barrio Lo Amador. A la fecha de la construcción del presente artículo, esta zona —que se encuentra sin pavimentación o abastecimiento directo de agua potable— está habitada, en su mayoría, por adultos jóvenes y mujeres. El nivel educativo de la población oscila mayoritariamente entre técnica y básica secundaria, contando con un 23 % de personas con estudios universitarios. La calle tiene once (11) casas de cemento, de las cuales dos fueron autoproducidas recientemente. El tipo de vivienda más común es la vivienda familiar, lo que podría ayudarnos a entender las dinámicas de habitabilidad que implican varias generaciones diferentes cohabitando la misma casa.

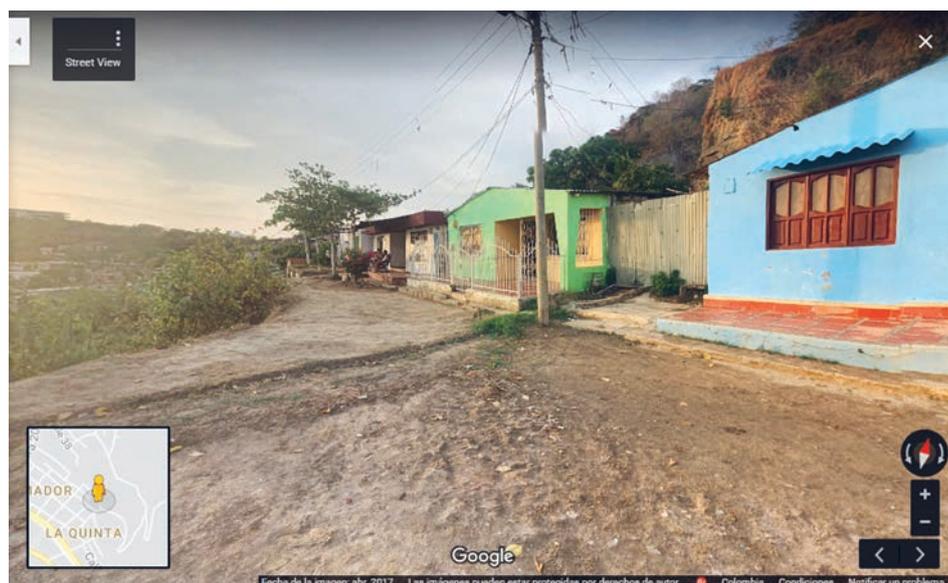


Figura 3
Fotografía de La Loma
Fuente: Google Maps.

4.1. Aproximación a la percepción del riesgo

Para hacer una descripción preliminar de los elementos culturales y sociales que configuran la vida en comunidad, se presentan los resultados obtenidos en la encuesta de percepción aplicada a 30 habitantes de La Loma. La descripción que se logra realizar con la aplicación de esta herramienta solo retrata, de forma superficial, las condiciones materiales y subjetivas que tienen lugar en la zona escogida y ayudan a situar concretamente un punto de foco en el trabajo: el riesgo ambiental o, si se quiere, la lluvia como fenómeno paradigmático. Así pues, es la relación espacio-condición socioeconómica la que permitirá entender el riesgo ambiental como un elemento central para la comprensión de la experiencia de marginalidad y precarización de la comunidad estudiada.

El resultado más importante que arrojó la recolección preliminar de información es el referido a los interpretantes/significados con los cuales es asociada la lluvia o, mejor aún, el tiempo de lluvia. Para los habitantes de La Loma, la lluvia genera un cúmulo de sensaciones en el que los sentimientos positivos están acompañados de otros negativos. Es difícil encontrar a una persona que asegure radicalmente asociar la lluvia con algo solamente positivo o negativo. Las categorías «sentimiento positivo» y «sentimiento negativo» se basaron en los avances de la psicología positiva (Greco 2010), de acuerdo con los cuales los sentimientos son recursos que pueden ayudar a proteger la salud mental o, por el contrario, a disminuir los niveles de percepción de bienestar de las personas. Así las cosas, los sentimientos negativos son interpretantes semióticos (Peirce 1986) —interpretaciones del cuerpo— ante estímulos significativos del medio que disminuyen la percepción de bienestar y los sentimientos positivos son interpretantes que aumentan la percepción de bienestar, de modo que protegen la salud mental.

Al comparar las tablas 2 y 3, se puede notar que los sentimientos negativos aparecen en las respuestas con mayor frecuencia que los sentimientos positivos. Los sentimientos, con mayor frecuencia, son los de miedo (15 personas) e inseguridad (12 personas), que aparecen seguidos de indiferencia (6 personas), alegría (6 personas), tranquilidad (5 personas) y paz (4 personas). Solo una persona manifestó tener rabia en momentos de lluvia.

Sentimientos positivos	Nivel educativo					Total general
	Ninguno	Primaria	Secundaria	Técnica	Universitaria	
Alegría	1	1	2	1	1	6
Paz	1	1	0	1	1	4
Tranquilidad	1	1	0	1	2	5
Total general	3	3	2	3	4	15

Tabla 2

Sentimientos positivos según el nivel educativo

Fuente: elaboración propia.

Sentimientos negativos	Nivel educativo					Total general
	Ninguno	Primaria	Secundaria	Técnica	Universitaria	
Miedo	0	0	6	5	1	12
Rabia	0	0	0	1	0	1
Inseguridad	0	1	4	7	3	15
Indiferencia	0	0	3	0	3	6

Tabla 3

Sentimientos negativos según nivel educativo

Fuente: elaboración propia.

Estos resultados muestran que la lluvia, para esta comunidad, tiene como interpretantes/significados los sentimientos de miedo e inseguridad, lo cual permite decir que la lluvia está siendo significada en mayor medida como un evento negativo que puede atentar contra la tranquilidad e integridad de las personas que habitan en esta zona de alto riesgo de la ciudad. Quince personas afirman no estar seguras en el interior de sus casas cuando llueve y 12 aseguran tener miedo ante una posible tragedia provocada por la lluvia. Son las personas con mayor nivel educativo quienes menos presentan sentimientos negativos asociados al espacio y a los tiempos de lluvia.

Frente a esto, los planes de mudanza, entendidos como propósitos trazados a niveles objetivos atendiendo a los recursos y posibilidades con los que se cuenta o como visiones familiares a largo plazo, pueden ser considerados también como estrategias de mejoramiento de la calidad de vida y, de alguna forma, ofrecen muestras de la inconformidad con el espacio habitado actualmente. Ahora bien, si comparamos los resultados arrojados sobre dichos planes y los resultados de percepción ante el riesgo de deslizamientos en la zona, tendríamos un resultado preliminar que sugiere la complejidad de la situación aquí descrita. Así, 14 personas que aseguran no tener planes de mudanza sí aseguran sentir miedo ante los deslizamientos, tal y como se muestra en la tabla 4.

Planes de mudanza	Miedo a deslizamientos					
	1. Sí		2. No		Total general	
	Cantidad	Porcentaje	Cantidad	Porcentaje	Cantidad	Porcentaje
1. Sí	9	30 %	4	13 %	13	43 %
2. No	14	47 %	3	10 %	17	57 %
Total general	23	77 %	7	23 %	30	100 %

Tabla 4

Planes de mudanza según el miedo por deslizamientos

Fuente: elaboración propia.

Por otro lado, 13 personas de la zona están remodelando su casa, lo que puede significar que planean quedarse por una gran cantidad de años o, en vista de no tener una alternativa de mudanza, las personas optan por acondicionar sus viviendas dentro de sus posibilidades para mejorar la calidad de vida aun en condiciones precarias.

La relación entre el espacio habitado y la población estudiada está marcada por sentimientos de miedo a deslizamientos de tierra en épocas de lluvia, lo cual ha generado que una gran cantidad de habitantes estén en planes de mudarse a corto y mediano plazo, no por «mejoras» en el estatus social, y no solo para mejorar su calidad de vida, sino para proteger la integridad física de sus familiares y seres queridos. Por otro lado, la relación con la temporada de lluvia está marcada, en mayor medida, por los eventos desastrosos vividos en crisis invernales, como La Niña en 2011. De esta forma, la mayoría de las personas asumen la lluvia no como un fenómeno natural necesario y benéfico, sino como un signo negativo de miedo e inseguridad, casi como un enemigo que amenaza sus vidas. La mayoría de las personas encuestadas sienten que el espacio que habitan no les permite sentirse seguras, lo que demuestra una relación fracturada con el espacio en el que desarrollan la mayoría de sus actividades cotidianas.

Pese a todo lo dicho, los resultados obtenidos no dan cuenta de la magnitud de elementos sociales, culturales y económicos que configuran la vida dentro de esta comunidad y que les ha permitido constituir una vivencia real de lucha por el bienestar. Así pues, es la relación espacio-condición socioeconómica la que nos permitirá entender el riesgo ambiental como un elemento central para la comprensión de la experiencia de marginalidad de la comunidad escogida.

4.2. Entrevistas: relatos como escenarios de memoria y dignificación

Los resultados arrojados por la encuesta se corroboran en los relatos de la gente que habita la zona. Cabe aclarar que las entrevistas se realizaron en clave de dignificación porque recoger los relatos que «nos permiten imaginar la transformación de nuestras vidas...» (Selbin 2012, p. 13) propicia escenarios de reconocimiento y revaloración de la propia experiencia. Selbin explica que los relatos son historias que cuentan los pueblos para identificarse y sostener sus propios esfuerzos de resistencia. Así dicho, un relato será entendido aquí como una historia contada en forma personal, que se vincula a una narrativa colectiva. Un relato es una elucidación sobre quiénes fuimos, somos y seremos. Aquí se entienden no como una descripción de los sucesos experimentados, sino como ejercicios narrativos para dar sentido al pasado, explicar el presente y proyectar el futuro.

Durante la crisis invernal de La Niña en 2010-2011 en la zona estudiada, se vivieron momentos de angustia que llevaron a sus habitantes a pensar en posibilidades como la muerte, la pérdida de la casa familiar, así como la de la calle como escenario de interacción vecinal. De hecho, una persona que habita La Loma desde hace cuarenta años asegura que, en el momento mismo de la crisis invernal,

[...] fue una cosa maluca, un desastre grande. Los tanques que estaban allá atrás se vinieron para acá adelante. La Loma de allá arriba se cayó en el techo del patio. En el momento en que yo fui a botar un agua que ya venía para acá, yo te digo que casi que me aplasta eso a mí. En el ratico que yo salí y vine, parece que Dios me hubiera dicho: «¡Anda rápido!». Qué cosa tan tensa; a mí me entró un nervio y las piernas... y me fui para allá para donde Luce y empecé a llorar y a llorar. Un trauma grande. Eso fue en la mañana. Llovió toda la noche y, en la mañana, la tierra se abrió, muchacha, y esa loma se vino toda para el techo (relato individual número 1, entrevista 3).

Además de producir la reducción de la calle de 12 metros a 4 de ancho, la crisis provocó pérdida de espacios de interacción cotidiana, como los patios, las cocinas, los baños y las terrazas. Esto también queda explicitado en el relato: «Todo ese poco de árboles se fueron, tumbaron el techo de allá abajo, tumbaron la cocina de donde Carlos. Yo salí fue como a medio día; fue que me asomé. Tenía miedo de asomarme» (relato individual número 2, entrevista 4).

Una estrategia secundaria durante la crisis tuvo que ver con empaquetar maletas con ropa, dinero y documentos en caso de un nuevo derrumbe más grave: «Y nosotros andábamos con las maletas por si algo sucedía» (relato individual número 2, entrevista 4). Esta estrategia fue puesta en práctica por todos los vecinos de La Loma luego de que una de las vecinas más ancianas lo sugiriera a toda la comunidad.

Tras esclarecer las estrategias puestas en práctica después de superada la crisis invernal y, en los relatos de las pobladoras, pudimos establecer que el *cuidado* colectivo y familiar fue la estrategia fundamental puesta en práctica durante y después de la crisis. En el siguiente relato, por ejemplo, una pobladora asegura que su vecina le ofreció su casa como refugio debido a que esta no había sufrido tantos daños:

Luce me dijo: «Vente para acá; no vayas más para allá. Ven a cocinar y haz todo lo que tú quieras acá, pero ya no cojas más para allá». ¿No sabes que ella hace poco me dijo, antes de ayer me dijo y que Efa: «No estés allá atrás porque yo soñé que esa loma se había venido»? Me dijo Luce. Pero tú sabes que mi lava'o es acá, un poquito, pero yo voy, lavo y me vengo para acá (relato individual número 1, entrevista 3).

Las actividades cotidianas como cocinar y bañarse fueron realizadas por todos los vecinos en las casas que sufrieron menos daños mientras, colectivamente, se reparaban las consecuencias materiales. Se estabilizó el terreno manualmente a través de la redistribución de la tierra movilizada por los derrumbes, se repararon los techos de los patios y, colectivamente, se gestionó material de construcción para reconstruir los baños de las casas más afectadas:

Bueno, empezaron a sacar la tierra. Empezaron a sacar los zines esos y empezaron a organizar. Organizaron. Después que se limpió todo eso, ya después que ya dejó de llover que se secó eso, otra vez organizaron el techito del patio. En ese momento no podíamos salir. Todo lo que hacíamos era allá donde Luce. Cocinábamos y todo, acá donde Luce, porque

Luce decía: «Eso hasta que no se acomode, no acomoden eso; no pueden estar allá. Hasta la estufa y eso, lo rodamos y todo». El desastre, eso fue el desastre grande (relato individual número 3, entrevista 2).

Estas reparaciones y reacomodaciones fueron realizadas de forma comunitaria, de tal suerte que las familias más afectadas contaron con la ayuda de los vecinos para recuperarse de las pérdidas materiales y reconstruir las casas. De hecho, un habitante recuerda: «Nosotros enseguida nos pusimos como a actuar, o sea, como que vamos a sacar el agua, vamos a sacar el agua y barro, el lodo; vamos a sacar todo de encima porque, si no, nos hundimos aquí» (relato individual número 3, entrevista 2).

En cuanto a la pobreza subjetiva, la crisis ocasionó en los habitantes de La Loma una percepción de incremento en sus niveles. Las palabras utilizadas por uno de los habitantes condensan esta percepción: «¡Ay, miya! Muy triste, triste porque, al ver que todo mundo este..., estábamos como, como en la miseria, como una cosa así horrible, como... como una, una cosa muy, muy traumática; no sé, no tengo ni palabras porque eso uno quedó como con un vacío, eso fue como con un vacío en el corazón» (relato individual número 4, entrevista 1). Esta percepción transversaliza todas las respuestas. Los habitantes de La Loma afirman que el aspecto físico del espacio «desordenado y sucio», «destruido», «acabado», les dio la sensación de estar convirtiéndose en personas pobres, lo que significa que, antes de la crisis y de la inminencia del riesgo ambiental, no se asumían de esa forma.

Como aseguran Acemoglu y Robinson, el imaginario de la pobreza ha estado y sigue estando ligada a una incapacidad aparente de los pobres a producir capital y desechar costumbres tradicionales: «A pesar de que no sea políticamente correcto decirlo en público [...], muchos piensan [...] que América Latina nunca será rica porque sus habitantes son intrínsecamente derrochadores, carecen de medios económicos y sufren de la cultura “ibérica” o del “ya lo haré mañana”» (2012, p. 76).

Al contrario que el imaginario generalizado sobre la pobreza en este mundo globalizado y capitalista, los habitantes de La Loma asumen que la pobreza no tiene que ver con el lugar en donde viven, sino con las condiciones de organización, cuidado e higiene a partir de las cuales configuran sus vidas. La consecuencia de la crisis ambiental desequilibró estos tres elementos, lo que dio como resultado la percepción del incremento de la pobreza.

Sin embargo, y de manera performativa (Butler 2017), los vecinos de La Loma, a través de sus estrategias de cuidado comunitario y de reorganización del espacio, reconstruyeron la zona luego de la crisis, lo que configura, al tiempo, una nueva visión de bienestar y, si se quiere, desarrollo, según la cual *estar bien* implica convivir en paz y contar con los vecinos en caso de ser necesario. De hecho, de acuerdo con los resultados obtenidos para seguridad subjetiva, los

entrevistados aseguraron que, aun cuando continúa lloviendo, «a pesar de que vivimos eso y está lloviendo y el pedacito de loma se está cayendo, estamos fortalecidas. Nos fortalecimos. No sentimos miedo» (relato individual número 1, entrevista 3).

Se asume, entonces, que las estrategias de cuidado comunitario puestas en práctica durante y después de la crisis fortalecieron la cohesión social y dieron como resultado la restauración de la relación de confianza con el espacio habitado: «La Loma, para mí, es mi vida, mi amor. Imagínate viviendo toda la vida aquí, de niña, mi adolescencia, mi madurez, todo. La Loma es todo para mí. Yo, de hecho, ya tengo marido; tengo hijo y no me he querido ir de La Loma. Sigo aquí en La Loma. Entonces, te puedes imaginar lo que significa» (relato individual número 4, entrevista 1).

Una pareja de ancianos coincidió en afirmar que la ausencia de la violencia y ruido por festividades tradicionales hacen de La Loma un sitio privilegiado para vivir en paz: «Porque la verdad es que yo siempre me he sentido bien en mi loma. Hay gente que no le gusta, pero a mí siempre me ha gustado mi loma: por la tranquilidad, por la paz, por todo; no sé. Siempre me ha gustado mi loma» (relato individual número 3, entrevista 2).

Al respecto de todos los hechos aquí registrados, y ante la inminencia de perder el lugar de pertenencia de su identidad, las personas de la comunidad han denunciado, desde antes de 2011, la situación de riesgo ambiental en que se encuentran sus viviendas, apelando al derecho que tienen como propietarios formales de los predios de exigir una intervención institucional de las oficinas de gestión del riesgo y la prevención de desastres. Sin embargo, estas solicitudes no han sido atendidas, lo que ha generado una intensificación del proceso de precarización en los habitantes de La Loma.

4.3 Precarización: responsabilidades institucionales y conciencia comunitaria

El 16 de abril de 2005 la Unidad para la Prevención y Atención de Desastres del Distrito realizó una visita de evaluación de la calle San Fernando del Barrio Lo Amador y el día 18 de abril de 2005 el entonces funcionario de la Unidad para la Prevención y Atención de Desastres del Distrito dirigió una carta con los resultados de dicha visita de evaluación al entonces coordinador de la unidad. En dicha carta se reconoce la condición de legalidad de los servicios públicos de la zona y su condición de riesgo latente por deslizamientos de tierra. Las recomendaciones dadas en ese entonces comprometían las facultades de varias instituciones y dependencias del distrito; así:

- Solicitar a la Secretaría de Infraestructura del Distrito una evaluación técnica de la zona.
- Contemplar la posibilidad de que la Secretaría de Infraestructura realice la construcción de un talud de concreto para mitigar el riesgo y mejorar el sistema de drenaje de la zona.

- Oficiar a Corvivienda para saber si se tiene contemplado un programa de reubicación con estas familias.
- Oficiar, con la comunidad, siembra de árboles y programas de limpieza y no deforestación para reducir el riesgo.
- Establecer, con la Junta de Acción Comunal —JAC—, un programa permanente de educación a la comunidad sobre causas y riesgos de desastres y crear un Comité Barrial de Emergencia.

El 18 de octubre de 2006, 18 meses después, nuevamente la Junta de Acción Comunal se vio en la obligación de dirigir una carta al entonces personero distrital, en vista de la ausencia de respuesta y programas de intervención de la Unidad para la Prevención y Atención de Riesgos y Desastres del Distrito. En dicha carta, la comunidad, en cabeza de su líder la JAC, denuncia que, a la fecha, no habían realizado ninguna acción respecto de las recomendaciones brindadas el 18 de abril de 2005 y resume la preocupación de la comunidad por el reconocido e inminente riesgo.

Fue el 5 de febrero de 2007 que, en respuesta a un derecho de petición, la Alcaldía Mayor de Cartagena le responde al presidente de la JAC, cuatro meses después. En dicha carta, el antes mencionado funcionario de la Alcaldía asegura que la Oficina para Prevención y Atención de Desastres tenía un presupuesto vigente para 2007 de 600 000 000 pesos para programas de capacitación y obras de mitigación. De dicho presupuesto, 30 millones de pesos estaban destinados para los estudios técnicos que permiten determinar la contextura del suelo, estudios topográficos, obras y presupuesto. El 5 de agosto de 2009, dos años después, la Alcaldía Mayor de Cartagena envió un presupuesto estimado de 232 243 237,5 pesos para la obra del muro de contención que mitigaría el riesgo. La carta estaba firmada por la Secretaría de Infraestructura; es decir, cuatro años después, la Secretaría de Infraestructura, luego de las súplicas escritas de la comunidad, llega a hacer las estimaciones del muro propuesto en 2005.

Después de 2009, la comunidad no tuvo ningún otro contacto con las instituciones gubernamentales, hasta que el 26 de septiembre de 2014, cinco años después, uno de nuestros vecinos decide enviar una carta en representación de la comunidad a la Alcaldía Distrital, solicitando una visita de evaluación técnica y la construcción del muro. La carta estaba dirigida al coordinador de la Oficina de Gestión de Riesgo Ambiental. Milagrosamente, este funcionario respondió el 2 de octubre del mismo año asegurando que ese mismo día se había realizado la tan anhelada visita de inspección técnica; se muestran los resultados y se recomienda que se envíen dichos resultados a la Oficina de Infraestructura para que proponga soluciones de mitigación.

No se halló respuesta de Corvivienda en dos años. El día 1 de noviembre de 2016 la JAC, en conocimiento de los programas de me-

joramientos implementados por Corvivienda, invitó cordialmente a la comunidad a su director, sin recibir respuesta positiva.

El 7 de mayo de 2017 La Loma recibió otra visita de funcionarios de la Oficina de Atención para la Gestión de Riesgos y Desastres invitados al sector por el presidente de la JAC. Las soluciones que ofrece el Gobierno Nacional son las mismas que ha venido ofreciendo en las últimas décadas:

- Reubicación en estadios deportivos, habilitados como albergues para familias afectadas por emergencias ambientales.
- Reubicación en viviendas de interés social: este año empezaron el proceso de entrega de 1300 casas a 1500 familias damnificadas por La Niña en 2010-2011.
- Subsidio de arriendo: 200000 pesos mensuales, pero en pagos trimestrales (la familia desaloja y, tres meses después de abandonar la zona, recibe 600000 pesos hasta por un año).

¿No demuestra el relato anterior que es la comunidad la que ha estado interesada todos estos años en iniciar un proceso verídico, confiable y digno para mitigar y eliminar el riesgo? Las circunstancias socioeconómicas y ambientales reales de los habitantes de La Loma ayudan a dar la respuesta a la pregunta de cómo logran cotidianamente agenciar bienestar en las condiciones ambientales, socioeconómicas, de despojo de derechos y olvido estatal en las que están ubicadas sus viviendas.

5 Discusión y conclusiones: cuidado mutuo como estrategia de resistencia a la precarización

Luego de revisar los resultados obtenidos, la primera pregunta que surge es: ¿por qué la mayoría de los habitantes de La Loma no tienen planes de mudanza si existe la consciencia del riesgo? La respuesta pasa por considerar dos elementos clave: condición socioeconómica y vínculo subjetivo habitante-espacio (De Certeau 2000, Augé 2000, Vidal y Moranta 2005). Las tensiones que se tejen entre la condición socioeconómica de los habitantes, el riesgo ambiental y su nexos subjetivo con el espacio configuran un escenario cultural de difícil descripción —a través de mecanismos tradicionales— de las condiciones de vida en que se encuentran y el tipo de bienestar al que se aspira. Así, no se trata solo de la vinculación productiva de las familias o el nivel de acceso a educación y servicios públicos, sino que un esfuerzo de generación de conocimiento sobre la zona implica, necesariamente, el reconocimiento de factores individuales y colectivos en la historia comunitaria que demuestren, valoren y resignifiquen los esfuerzos realizados para construir la vida cotidiana de la que gozan hoy, cuestiones intraducibles por su complejidad

en datos cuantitativos de los enfoques tecnicistas de medición de la pobreza (Alvarado Chacín 2016).

Pero ¿cuál es el tipo de vínculo en el que se fundamentan los procesos de identificación de la comunidad que habita la zona de alto riesgo estudiada? Para Hall (1996), las identidades son construidas narrativamente a partir de, por un lado, las historias que se cuentan las personas sobre quiénes son y de dónde vienen basándose en su experiencia histórica y, por otro, la utilización práctica de esas historias para construir presente y futuro. Dichas historias no son la materialidad real de las raíces, sino las versiones/representaciones que, sobre esas raíces, se construyen desde lo discursivo para forjar un futuro. Es crucial entender que la naturaleza discursiva de las identidades no le resta en su vigencia y eficacia en los ámbitos materiales y políticos, lo que quiere decir que, claramente, las identidades que se construyen tienen incidencia en la organización político-económica de una sociedad y en la construcción íntima del sujeto. De lo que se desprende que las identidades sí tienen existencia material efectiva.

Se sospecha, entonces, que el vínculo sobre el que se basa la cohesión social de las comunidades en zonas de alto riesgo por deslizamientos de tierra se sustenta en procesos identificatorios que, si bien tienen su asiento en la memoria de los riesgos ambientales y sociales a los que han estado expuestos como grupo y a los modos de experimentar individual y colectivamente la marginalidad en la ciudad de Cartagena, se presentan en contrasentido a las representaciones que del grupo social circulan en la prensa local.

Así pues, no hablaremos de ciudadanía activa sino de resistencia cotidiana (Selbin 2012) y memoria como acción (Vázquez 2001), para referirnos a los procesos colectivos y solidarios sobre la base de los cuales las comunidades generan vínculos identitarios con el espacio y agencian su propio bienestar deliberadamente por fuera de los marcos públicos de toma de decisiones.

Si se entiende la ciudadanía activa a partir de su lenguaje de exigencia de derechos y compromiso con responsabilidades y obligaciones civiles, implicaría reconocer que los habitantes de La Loma tienen o buscan presencia en la esfera pública a partir de agendas políticas colectivas de reflexión, participación y acción, cosa que no sucede en este caso. Contrariamente a eso, estamos ante la decisión activa de no cooperación con los procesos estatales de reubicación en viviendas de interés social debido a la falta de garantías de vivienda digna por riesgo de hacinamiento o desplome de la nueva casa, así como también por falta de análisis y comprensión de la situación real. Se ha construido, entonces, una interacción humana a partir del reconocimiento mutuo de la experiencia de marginalidad y precarización, como factor que fortalece la defensa interna de las comunidades ante el peligro y el dolor. De hecho, siguiendo a Selbin (2012), existen niveles de la interacción comunitaria que

generan resistencia y protección ante estructuras socioeconómicas que coartan las libertades y determinan condiciones materiales de vida riesgosas. La naturaleza de esa interacción no puede ser valorada como pasiva, sino que necesita analizarse desde su función en la transformación de las condiciones materiales (Desroche 1976).

La resistencia cotidiana se da al margen del debate actual sobre pobreza. En las últimas décadas han surgido nuevas concepciones del desarrollo en las que, a grandes rasgos, se discuten las formas de imprimir a las políticas públicas una perspectiva «humana» (Sen 2000). En Latinoamérica, en la mayoría de las ocasiones, la perspectiva «humana» propuesta por Sen se concreta equívocamente en la puesta en práctica de metodologías de investigación centralmente testimoniales (Acevedo 2015, Rodríguez Sosa y Zeballos 2007) y proyectos de intervención que, aparentemente, tienen como centro las necesidades de las comunidades pero que, en realidad, son procesos de instrumentalización de las poblaciones para que los Gobiernos acrediten inversión social (Sarmiento 2010). Este panorama se hace más confuso cuando se piensa hacer sostenibles los proyectos desarrollistas.

El enfoque del desarrollo sostenible, por el que se pretende conjugar el desarrollo económico y humano con una perspectiva ecológica (Comisión Mundial de Medio Ambiente y Desarrollo 1992), supone un nuevo reto a la cosmovisión fragmentaria de las sociedades latinoamericanas actuales: en la concepción tradicional según la cual se entiende el ambiente como telón de fondo de los grupos humanos, se obvia la interdependencia simbiótica y simbólica de humanidad-naturaleza (Riechmann 2015), de modo que se reinventan visiones maniqueas desde las que expropiar comunidades resulta válido toda vez que se preserve el ambiente. Así las cosas, ¿qué entendemos por «ambiente» y qué entendemos por «grupo social»? ¿Son elementos diferenciados cuyas necesidades deban ser atendidas de forma independiente o hacen parte de un todo interconectado? La configuración misma de la vida requiere de decisiones dialécticas complejas que reconozcan las premisas que el caso La Loma ha esclarecido. En primera medida, el medio ambiente es parte intrínseca de una comunidad, en tanto que define sus relatos identitarios y gestiona la cohesión social. Entenderlos de forma separada conlleva a intervenciones ineficaces que, en vez de redundar en la mejora de condiciones de vida, produce nuevas problemáticas sociales. Esto debe vincularse a la evidencia de que los límites biofísicos de los espacios urbanos requieren la desarticulación de las clasificaciones de la población, desde las cuales se relativiza el derecho a intervenciones dignas que equilibren el hábitat humano con los riesgos ambientales.

Finalmente, han de resaltarse los aprendizajes que deja la comunidad asentada en La Loma. Los habitantes construyen estrategias de sostenimiento de la vida cotidiana al margen de las decisiones estatales que van desde la consecución de agua potable con

dispositivos contruidos comunitariamente hasta la construcción de canales de desagüe y siembra de árboles. Las autoridades distritales, en efecto, se ven obligadas a formalizar las iniciativas comunitarias, como lo demuestra el recibo de agua colectivo que deben pagar los habitantes de La Loma mensualmente. Dichas estrategias permiten la consolidación comunitaria e individual de densos vínculos con el espacio.

Las familias que habitan La Loma se dan de comer mutuamente, se previenen de la lluvia y se prestan auxilio con las consecuencias de los desastres naturales. Los elementos medioambientales, como las crisis invernales, en la experiencia de marginalidad urbana, configuran los modos de cohabitación de la comunidad. Por esta razón, el vínculo con el territorio se establece como una relación de cuidado ante las crisis, lo que origina un sentimiento de pertenencia comunitaria: identificación. Se entiende entonces el cuidado mutuo y del espacio como las estrategias comunitarias para mantener la vida en condiciones precarias producidas por lo que Mbembe llamaría *Necropolitic* (2003). El cuidado mutuo y el cuidado no regulado del espacio son elementos sustanciales de una ética de cohabitación que se constituye en una resistencia comunitaria a los procesos de precarización agenciados desde las políticas estatales.

6 Bibliografía

- ACEMOGLU D, ROBINSON J (2012). Por qué fracasan los países. Deusto S. A. Ediciones, Madrid.
- ACEVEDO A (2015). Ventas de comida popular en Santa Marta, la ciudad turística de la informalidad. Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural 13(5): 1183-1198.
- ALVARADO CHACÍN N (2016). Debate internacional sobre pobreza. Revista de Ciencias Sociales XXII(3): 104-121.
- AUGÉ M (2000 [1992]). Los no lugares. Espacios del anonimato. Antropología sobre la modernidad. Gedisa, Barcelona.
- BENNHOLDT-THOMSEN V (1981). Marginalidad en América Latina: una crítica de la teoría. Revista Mexicana de Sociología 43(4): 1505-1546.
- BURGOS BOLAÑOS S (2016). Cartagena de Indias en el sistema mundial: lectura crítica de las geografías posmodernas en una ciudad periférica. Sección de Publicaciones Universidad de Cartagena, Cartagena.
- BUTLER J (2017). Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea. Paidós, Barcelona.
- CABRALES C (2000). Los barrios populares en Cartagena de Indias. En: Calvo H, Meisel A (eds.). Universidad Jorge Tadeo Lozano, seccional Caribe, Banco de la República Santafé de Bogotá, pp. 183-184.
- CASTAINGTS TEILLERY J (2017). Antropología simbólica de las emociones y neurociencia. Alteridades 27(53): 23-33.
- COMISIÓN MUNDIAL DE MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO. (1992). Nuestro futuro común. Alianza, Madrid.
- CORTÉS F (2006). Consideraciones sobre la marginación, la marginalidad, marginalidad económica y exclusión social. Papeles de Población 12(47): 71-84.
- DE CERTEAU M (2000). La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer. Universidad Iberoamericana, México D. F.

- SALVIA A (2007). Consideraciones sobre la transición a la modernidad, la exclusión social y la marginalidad económica. Un campo abierto a la investigación social y al debate político. <https://www.aacademica.org/agustin.salvia/47.pdf>, acceso 13 de enero de 2018.
- SARMIENTO L (2010). Cartagena de Indias: el mito de las dos ciudades. Observatorio de Derechos Sociales y Desarrollo, Cartagena.
- SELBIN E (2012). El poder del relato: revolución, rebelión, resistencia. Interzona Editora, Buenos Aires.
- SEN A (2000). El desarrollo como libertad. *Gaceta Ecológica* 55:14-20.
- SMITH A (1958). Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones. Fondo de Cultura Económica, México.
- STREETEN P (2006). ¿Qué está mal en la economía contemporánea? *Interdisciplinary Science Review* 27(1): 13-24.
- TEWDWR-JONES M, ALLMENDINGER P (2006). *Territory, Identity and Spatial Planning: Spatial Governance in a Fragmented Nation*. Routledge, Londres.
- TORRES TOVAR C (2009). Ciudad informal colombiana: barrios construidos por la gente del Grupo de Investigación Procesos Urbanos en Hábitat, Vivienda e Informalidad. Universidad Nacional de Bogotá, Bogotá.
- UNITED NATIONS (1951). *Measures for the Economic Development of Underdeveloped Countries*. Nueva York.
- VÁZQUEZ F (2001). La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario. Paidós, Barcelona.
- VIDAL T, MORANTA E (2005). La apropiación del espacio: una propuesta teórica para comprender la vinculación entre las personas y los lugares. *Anuario de Psicología* 36(3):281-297.